

EL (NARCO)POLICIAL NORTEÑO VERSUS EL (NEO)POLICIAL DEL CENTRO: POSICIONAMIENTOS Y CONTRASTES

THE NORTHERN (NARCO) DETECTIVE FICTION VERSUS THE DETECTIVE FICTION OF THE CENTER: POSITIONS AND CONTRASTS

GERARDO CASTILLO-CARRILLO
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA-PUEBLA (MÉXICO)
<https://orcid.org/0000-0002-8167-1169>
gerardocastillo@hotmail.com

Fecha de recepción: 30 de junio de 2025

Fecha de aceptación: 3 de enero de 2026

Resumen:

Si consideramos que el regionalismo literario generalmente está asociado con la noción de espacio, entonces es necesario pensar que toda obra literaria se produce, se lee y se difunde en un lugar en particular. Bajo esta premisa, analizaré los registros de carácter regional en el imaginario de la ficción policial. Se debe precisar que la narrativa criminal del norte de México, como expresión estética, establece sus propios lineamientos; en consecuencia, los escritores adscritos a la literatura nortea manifestan un cambio en el discurso, el espacio y la temática, frente a la novela policiaca producida desde el centro del país. Por esta razón, es conveniente revisar las circunstancias y los motivos que llevan a escribir desde un escenario ajeno al centro, no como única opción, sino como una variante que tiene como finalidad buscar una particularidad que quizá rompa con la inercia de publicar desde la capital cultural.

Palabras clave: Novela policial, Regionalismo, Norte de México, Descentralización, Campo literario.

Abstract:

If we consider that literary regionalism is generally associated with the notion of space, then it is necessary to think that all literary works are produced, read, and disseminated in a particular place. Under this premise, I will analyze regional characteristics in the imagery of crime fiction. It should be noted that the crime narrative of northern Mexico, as an aesthetic expression, establishes its own guidelines; consequently, writers associated with northern literature show a change in discourse, space, and subject matter compared to crime novels produced in the center of the country. For this reason, it is advisable to review the circumstances and reasons that lead to writing from a setting outside the center, not as the only option, but as a variant that aims to seek a particularity that may break with the inertia of publishing from the cultural capital.

Keywords: Detective novel, Regionalism, Northern Mexico, Decentralization, Literary field.

**Espacio geográfico y producción literaria:
claves de la literatura regional**

En términos generales, la crítica literaria asevera que el concepto de región se relaciona con un territorio geográfico, así como un sentido de identidad o pertenencia. En otras palabras, la literatura regional es aquella que se origina en un contexto espacial, histórico o cultural específico y además representa una forma particular de vivir y percibir la realidad. Esta literatura no está limitada por temas predefinidos ni por el uso de una lengua específica (Molina y Burlot 11). Pablo Heredia resalta un enfoque sociocultural y discursivo al definir la región como un ámbito desde el cual las personas interpretan y entienden su entorno. Bajo esta premisa, puede considerarse que ciertas producciones literarias se clasifican como regionales, ya que construyen su visión del mundo desde un punto geográfico y cultural específico,

articulando sus lenguajes en relación con ese territorio: “Por extensión se suele aplicar el mote de regionalista a determinadas literaturas marginales que no han trascendido sus ámbitos y conseguido un adecuado reconocimiento del ‘centro’, o que no han alcanzado ciertos logros formales” (Delgado citado en Molina, y Burlot 12). En síntesis, el regionalismo suele entrar en pugna con contextos culturales hegemónicos, lo que le otorga un carácter asociado a lo periférico o marginal.

Por su parte, Ricardo Kaliman asevera que el concepto de región no debe entenderse como un área geográfica delimitada, sino como una comunidad literaria que se define por el hecho de compartir ciertas experiencias y formas de interpretar los textos, lo que le otorga sentido social a estos. En otras palabras, las obras literarias se deben interpretar en función del vínculo que estas mantienen con su comunidad lectora (13). Por consiguiente, se puede considerar literatura regional cuando un autor escribe desde su propio contexto sociocultural, reflexiona sobre él y las dinámicas de intercambio literario que genera forman parte de ese mismo entorno. En este sentido, la idea de región se construye a partir de la relación entre el autor y la comunidad con la que establece un diálogo. En síntesis, el concepto de *región* se vuelve una categoría de orden relacional, determinada por los intercambios simbólicos y comunicativos que se articulan entre escritor, obra y comunidad. Así, lo regional se construye a partir de una red de interacciones entre el sujeto que la produce y los diversos agentes que intervienen dentro de un marco sociocultural determinado.

De acuerdo con Andrea Bocco, entre literatura nacional y regional coexiste una relación de contraste. Por supuesto que desde esta perspectiva, la literatura nacional no constituye una unidad uniforme, sino un conjunto diverso y conflictivo, en el que conviven, textos canónicos o legitimados por parte de la crítica y otros periféricos (125). Por tal razón, es necesario revisar estas confrontaciones en conjunto, con la finalidad de evitar la idea errónea de un canon homogéneo y estable. Se debe puntualizar que el regionalismo precisamente discute el contraste entre centro y periferia, o entre una cultura dominante y aquellas que están situadas en los márgenes. En este mismo sentido,

José Andrés Rivas considera que el espacio de producción es determinante para categorizar o excluir una obra literaria, al respecto afirma:

la producción de un espacio periférico sólo puede generar productos periféricos. Por esta condición, estos productos poseen características menos valiosas que los centrales. Trasladados a la esfera literaria, esos productos ni siquiera pueden acceder la mayor parte de las veces a un lugar menor dentro del canon. Por otra parte, como el centro hegemónico es el lugar en donde se producen las innovaciones en el canon, una fórmula común de desvalorización de las producciones regionales es la de ubicarlas en una etapa “anterior” a la de las innovaciones en vigencia (56).

De hecho, Rivas cuestiona el planteamiento sobre que los espacios periféricos solo pueden generar temáticas, personajes y conflictos de la misma índole, pues desde esta visión ideológica, puntualiza, se les descalifica antes de cualquier evaluación literaria. Esa misma posición se manifiesta en la actitud condescendiente con la que los centros de poder cultural observan las producciones regionales, tratándolas como manifestaciones ingenuas, pintorescas o exóticas. Desde esta perspectiva, estas obras no solo se sitúan en un lugar distinto al del centro, sino también en un tiempo diferente, considerado ajeno y fuera de tiempo. Por tal razón, un rasgo característico del canon literario es su tendencia a restringir sus propias categorías en cuanto a temáticas, escenarios y tipos de personajes, con el fin de validar entre lo que es literariamente legítimo y lo que no lo es. Justo a través de este procedimiento, se preservan las normativas hegemónicas, las cuales también abarcan dimensiones lingüísticas, estéticas e ideológicas.

De acuerdo con Carlos Ramírez Vuelvas, las obras literarias regionales de cierta manera representan una propuesta “subalterna” frente a la literatura canónica. Dicho de otro modo, la producción literaria local está en una constante tensión y resistencia ante la hegemonía institucional, en la cual no participan debido a su condición de marginalidad. No obstante, propicia discursos alternos y una configuración de sentidos en un plano sociocultural: “En síntesis, las literaturas

regionales también serían los códigos marginales de un lenguaje que expresa la identidad de una comunidad que no participa de los códigos lingüístico-culturales hegemónicos” (Ramírez Vuelvas 11).

La obra literaria, puntualiza Ramírez Vuelvas, debe entenderse como un producto sociocultural que se genera de manera activa en el marco histórico y geográfico de una región específica. Su trascendencia no se limita únicamente al plano estético o textual, sino que además participa en los procesos de construcción simbólica y de configuración identitaria de las comunidades que la producen y la reciben. A diferencia de la literatura apegada a las instituciones hegemónicas —que frecuentemente impone criterios de validación a través de mecanismos como el canon—, las producciones literarias regionales evaden, en gran medida, dicho control normativo, lo cual les otorga una autonomía significativa en cuanto a su circulación, apropiación y resignificación local.

La literatura policial del norte, frente al centro

Sergio Gómez Montero sostiene que la literatura producida en el norte presenta una variedad de elementos como la diversidad lingüística, los flujos migratorios, el intercambio entre culturas, así como la vida nocturna en la frontera. A estos aspectos se suman circunstancias de índole económica y social, como la apertura desmedida de maquiladoras y el surgimiento de sectores marginados, que han transformado la vida en estos territorios, generando cambios significativos en el entorno geográfico y en la vida cotidiana y, por supuesto, también en la literatura de esta zona (56). Sin duda, esta región suscita múltiples perspectivas de interpretación, debido a que es un espacio de encuentro, una zona de tránsito constante en la que convergen y se manifiestan diversas expresiones multiculturales.

La crítica literaria mexicana frecuentemente distingue o marca una distancia entre la narrativa policiaca publicada en el norte de nuestro país, con respecto a aquella producida en el centro. Distintos estudios (Rodríguez Lozano y Flores; Ramírez Pimienta y Fernández)

manifiestan que es a partir de los años 90 cuando el policial del norte comienza a producir temáticas más violentas y crudas, motivadas por los fenómenos socioeconómicos presentes en la frontera. De igual forma, las distintas ciudades de esta región, así como el ambiente (el desierto, el paisaje árido, climas extremos) y espacio geográfico son aspectos que caracterizan las obras enmarcadas dentro de esta tipología. Precisamente, Leobardo Saravia Quiroz, a propósito de los rasgos de la literatura del norte, subraya los componentes temáticos característicos de este espacio en constante conflicto:

La frontera presenta un amplio catálogo temático, para su virtual transcripción, que permanece desaprovechado. Enumero los temas inevitables: la aventura de migrantes extraviados en ciudades desconocidas y violentas; la saga impredecible del cruce fronterizo; las consecuencias sedimentadas del narcotráfico, que oscilan entre patrones de comportamiento, destinos tenidos como ejemplares o el ejercicio de la violencia sin otro freno o límite que el cadáver irremediable. El hilo conductor de las historias es la violencia que culmina en crimen, la veleidad de la justicia, atmósferas policiales que se alimentan del anecdotario fronterizo, un archipiélago de conductas conocidas genéricamente como narcocultura. La convivencia áspera y no exenta de incidentes con Estados Unidos también es fuente anecdótica (10).

En el fragmento antes citado, Saravia Quiroz destaca elementos que pronto serán característicos de la literatura del norte: el narcotráfico, la incesante violencia y la migración. Estos rasgos de manera constante estarán presentes en la narrativa de esta región desde los años 90. De hecho, estas problemáticas estarán culturalmente asociadas con la zona fronteriza que comparten México y Estados Unidos. Bajo estas nuevas características, los relatos policiales tomarán como espacio narrativo localidades ubicadas en el norte, lejos de la Ciudad de México, lugar representativo de la literatura policial mexicana. Este desplazamiento, según apunta Dorde Cuvardic García, hará que esta metrópo-

li deje de ocupar una posición hegemónica y en el imaginario literario aparezcan otras poblaciones.

Un elemento distintivo de la literatura policial del norte, acorde con Juan Carlos Ramírez Pimienta y Salvador Fernández, es la noción de *narcocultura*, entendida como una manifestación de carácter popular en la que se normaliza o asimila esta forma de vida y se evita la idealización del bandido generoso (personaje recurrente de la novela de bandoleros y forajidos del siglo XIX); por tal razón, subrayan los autores, ante estas condiciones, esta narrativa se torna más “dura” y se centra en relatar acontecimientos más cruentos (103). Por consiguiente, es impensable, en la literatura de esta región, un detective¹ independiente y justiciero como Héctor Belascoarán Shayne (protagonista emblemático de la obra policiaca de Paco Ignacio Taibo II); quizá resulte más apropiado un investigador periodista que denuncia pero que de antemano sabe que la justicia en México es una entelequia.

En contraste, Cathy Fourez subraya que, desde los años 40, la capital mexicana es el epicentro de la narrativa policiaca. Por ejemplo, en la novela *Ensayo de un crimen* (1944) de Rodolfo Usigli, gran parte de la trama describe la transformación sociocultural de la ciudad de México, así como el proyecto de modernización y desarrollo económico en el país. El protagonista, Roberto de la Cruz, recorre la urbe con nostalgia y desesperanza, convencido de que tanto la metrópoli como sus habitantes están en declive. El paisaje urbano se modifica con la aparición de nuevos edificios, los cuales para el personaje simbolizan una pérdida de identidad tanto en el entorno físico como en el ámbito individual. Por ello, considera que el asesinato es un medio necesario para restaurar el orden, dado que sus víctimas —Patricia Terrazas y el conde Schwartzemberg— representan la moral hipócrita de una clase social burguesa en decadencia.

1 Entre las décadas de 1920 y 1990, los personajes de detectives e inspectores mexicanos, que encabezan las tramas de la narrativa policiaca nacional, aparecen principalmente en las obras de un grupo reducido de autores, como Antonio Helú, Santiago Méndez Armendáriz, Enrique Fernández Gual, Rafael Bernal, Leo d’Olmo, Pepe Martínez de la Vega y, en una etapa posterior, Paco Ignacio Taibo II, Rafael Ramírez Heredia, Élmer Mendoza entre otros.

En los años 60, se publican obras emblemáticas del género policial mexicano: *Los albañiles* (1963) de Vicente Leñero y *El complot mongol* (1969) de Rafael Bernal, ambas, por supuesto se sitúan en la ciudad de México. La novela de Leñero, por ejemplo, realiza una radiografía de las clases sociales marginadas de la metrópoli y el inoperante sistema judicial que indaga el asesinato de don Jesús, el velador de la obra. Por su parte, Bernal recrea en el barrio chino una trama de espionaje: los servicios de inteligencia de Estados Unidos creen firmemente que China tiene la intención de asesinar al presidente estadounidense durante una próxima visita oficial a la capital mexicana. Para evitar el atentado, recurren a Filiberto García, un sicario, quien colabora de forma esporádica con la policía mexicana. García contará con setenta y dos horas para impedir el crimen. Durante este lapso, su investigación lo conducirá por distintos espacios de la Ciudad de México y se enfrentará con delincuentes y políticos corruptos.

Cabe precisar que la crítica literaria mexicana generalmente se ha centrado en subrayar el carácter canónico de novelas policiales como *El complot mongol*, *Días de combate* y *Cosa fácil* (estas últimas escritas por Paco Ignacio Taibo II). Estos textos además de realizar una crítica sociopolítica a la denominada modernidad mexicana posrevolucionaria de la primera mitad del siglo XX, asimismo, exploraran ambientes sombríos y decadentes de la Ciudad de México, así como un mundo criminal que se distancia de la narrativa policiaca clásica. En consecuencia, escritores como Eduardo Monteverde, Rolo Diez, Myriam Laurini, Juan Hernández Luna, entre otros, retoman de manera consciente el modelo del *hard-boiled* o novela negra estadounidense, adaptándolo a la realidad sociopolítica mexicana. Esta corriente se distingue por su ruptura con el policial clásico de enigma y por su enfoque en problemáticas urbanas y en una crítica social explícita. Sus obras reflejan con frecuencia la corrupción política y policial, situándose principalmente en los márgenes y bajos fondos de la Ciudad de México. En el núcleo de su propuesta estética se encuentra la figura del “antidetective”, escéptico frente a la justicia institucional.

Por supuesto que esta selección de autores responde, en parte, a dinámicas de un centralismo editorial que privilegia la producción literaria de la capital del país, relegando a un segundo plano las voces que emergen de otras regiones, como el norte. Esta exclusión no solo es territorial, sino también institucional. No obstante, es importante destacar que los escritores validados por la crítica literaria, también consideran relevante otros espacios temáticos como la frontera. De hecho, ampliar el mapa de la novela policial mexicana, enriquece de más posibilidades a este género, debido a que la violencia, la justicia y la marginalidad están presentes en las distintas regiones del país.

Asimismo, se debe destacar que la novela neopolicial del norte de México se caracteriza, en principio, por descentralizar el espacio narrativo y referir diferentes entornos de la frontera relacionados con los Estados Unidos; por consiguiente, el territorio adquiere un papel fundamental en la identidad de los escritores norteños. Si bien es cierto que autores de esta región del país han desarrollado una narrativa policial profundamente ligada al contexto fronterizo, al narcotráfico, a la violencia estructural marcada por la ilegalidad y la migración, muchas veces su tratamiento dentro del discurso crítico nacional ha sido idealizado. Por ejemplo, escritores como Élmer Mendoza² en su saga policial reproduce el discurso hegemónico que se emite desde los aparatos del Estado; sin embargo, también hay novelistas que exploran el género, con estilo novedoso y singular, con un particular manejo del lenguaje local, sobresalen en este contexto obras como *La novela inconclusa de Bernardino Casablanca* (1993), *Cástulo Bojórquez* (2001), *Cuatro muertos por capítulo* (2013), *El delfín de Kowalsky* (2015), escritas por César López Cuadras. También se distinguen las novelas de Gabriel Trujillo Muñoz, entre ellas *Mezquite Road* (1995), así como

2 La saga policiaca de seis novelas sobre el detective Edgar el “Zurdo” Mendieta, escrita por Mendoza ha tenido una recepción editorial destacable. Más allá de solo reproducir una visión maniquea de buenos y malos, el autor sinaloense se ha posicionado como principal representante de la denominada *narcoliteratura*. Véase Gerardo Castillo-Carrillo, “Idealización y cliché en el narcopolicial mexicano: la saga de Edgar “el Zurdo” Mendieta”.

Tijuana City Blues, *Turbulencias* y *Descuartizamientos*, todas publicadas en 1999. De igual modo, podemos citar *Asesinato en una lavandería china* (1996), *Mi nombre es Casablanca* (2003) o *Lady Metralla* (2017) de José Juan Rodríguez.

Cabe precisar que la literatura del norte de México está integrada por autores originarios o residentes de estados limítrofes, así como de otras ciudades como Hermosillo, Chihuahua, Monterrey o Saltillo. Sus textos comparten temáticas que surgen en la frontera y se producen desde ella. En consecuencia, uno de los rasgos distintivos de esta producción literaria es la relevancia que adquiere la representación del espacio urbano. En este marco, Eduardo Antonio Parra destaca que “el norte de México no es sólo simple geografía: hay en él un devenir muy distinto al que registra la historia del resto del país; una manera de pensar, de actuar, de sentir y de hablar derivadas de ese mismo devenir y de la lucha constante contra el medio y con la cultura de los gringos, extraña y absorbente” (40). Para la narrativa del norte el vínculo entre el sujeto y el entorno que habita, así como las particularidades geográficas serán determinantes para comprender la manera en que los personajes se relacionan con su contexto y condiciones sociales.

Acorde con lo anterior, se puede destacar la novela *Tijuana: crimen y olvido* (2010) de Luis Humberto Crosthwaite. La historia se centra en investigar la desaparición de los periodistas Magda Gilbert, reportera de Tijuana, y Juan Antonio Mendivil, colaborador de un periódico de San Diego. A partir de este hecho, el narrador (identificado como LHC, iniciales del autor) emprende la reconstrucción de sus últimos días con el propósito de esclarecer qué ocurrió realmente con ellos. En texto, al igual que en otras obras policiacas ubicadas en la frontera, la ciudad de Tijuana representa el espacio criminal que refleja la atmósfera de violencia y caos generado por el narcotráfico:

Una alarmante ola de violencia sacude a Tijuana. Cunde el temor entre sus habitantes. Autoridades inmiscuidas en actos delictivos. Vecinos de la colonia M se quejan de. Crimen organizado controla

la economía. Candidato asegura que puede solucionar problema de inseguridad en 15 minutos. Se rompe récord este año por número de asesinatos. Continúan crímenes sin resolver. Balacera a mitad de calle deja varios heridos. Mueren inocentes en fuego cruzado [...] Mueren reos tras motín en penitenciaría. Secuestro, tortura, pánico en la población. Encobijado, embolsado, encajuelado, decapitado, castrado, quemado vivo. Asesinan a empleada, acribillan a hombre, matan a estudiantes, ultiman a cantante, ejecutan a. Violencia, violencia, violencia, violencia, muertes, muertes, dolor, dolor, engaño, paranoia, suciedad. (Crosthwaite 142-143).

Se debe apuntar que la literatura policial del norte pronto se consolidó como una propuesta con identidad propia, al trasladar las tramas a nuevas regiones y abordar problemáticas sociales de distinta índole. También se marca una distancia con respecto a las temáticas y espacios recurrentes del centro o la capital del país. Se podría afirmar que la presencia *chilanga* queda desplazada por el *ethos* norteño³, el cual se representa a partir de una geografía fronteriza y árida, en la que predomina el narcotráfico y una cercanía ambigua con Estados Unidos, que influye en el habla, los valores y los modos de vida. De hecho, en la novela *Al otro lado* (2008) de Heriberto Yépez se ejemplifica esta idea, donde la vida en la frontera aparece como un territorio de tránsito, conflicto y redefinición permanente: “¿Migrantes? ¡Ja! ¡Por favor!, Pensaba Tiburón. Hay que llamarles por su nombre: *fu-gi-tivos*. Migrantes es un eufemismo. Lo que todos en este país estamos haciendo no es migrar. Lo que estamos haciendo es huir. Uno a uno

3 En *Instrucciones para cruzar la frontera*, Luis Humberto Crosthwaite representa con precisión la sensibilidad fronteriza: “Hermanos: mi nombre es Luisumberto y soy fronterizo. Me declaro así, abiertamente, sin pena ni gloria. Confieso ante ustedes que mi religión es la frontera. Monotemático, me dicen. Aburro y divierto a quienes me escuchan. Proclamo en las esquinas de las calles más transitadas, en las cantinas, en las catedrales, en las universidades, la Buena Nueva de este muro que me atraviesa el cuerpo como atraviesa al continente americano. Estoy biseccionado entre dos países y dos culturas, me declaro triunfador y derrotado en la guerra de los cowboys contra mariachis” (162).

nos estamos largando. Todos sabemos perfectamente que este país ya no tiene remedio, ya no tiene salvación. Hay que abandonarlo" (24).

Ricardo Kaliman, por su parte, sostiene que el valor social de una obra literaria se relaciona con su capacidad de resonar dentro de su comunidad. Por lo tanto, la literatura policial del norte reflexiona de manera crítica sobre su propio entorno (violencia, narcotráfico, migración) y además da cuenta de problemáticas sociales específicas que tratan de encontrar resonancia en un receptor particularmente situado. La literatura del norte no solo recoge las particularidades geográficas y sociales de la frontera (migración, narcotráfico, violencia), sino que además propone formas narrativas propias, alejadas del tradicional centralismo cultural. En este sentido, resulta pertinente la reflexión que plantea Miguel G. Rodríguez, quien destaca el surgimiento de una narrativa nortea con identidad y fuerza propia:

Desde hace varios años, la literatura escrita en el norte de México, concretamente la de los estados fronterizos (Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas), ha mostrado un impulso que no puede pasar desapercibido en el ámbito de la literatura mexicana de fin de siglo [...] varios de los autores que nacieron o radican en aquellos lugares han hecho lo posible para trascender más allá de los límites regionales e ir hacia un campo más amplio de recepción. A la distancia, es evidente que se pueden seguir las huellas de construcción de una literatura del norte eficaz, distante del centralismo y, por ende, con cierta autonomía en el proceso de paradigmas de reflexión estética, que le permiten al crítico literario marcar diferencias, avances, retrocesos. (11-12).

Desde la perspectiva de Carlos Ramírez Vuelvas, la literatura del norte se produce bajo dinámicas culturales, políticas y geográficas específicas. De este modo, esta narrativa se convierte en un instrumento para cuestionar la retórica hegemónica y propiciar una conciencia de carácter regional (11). Por tanto, se debe asumir que la literatura es también una práctica sociocultural que implica reconocer la capaci-

dad para moldear imaginarios y producir formas alternativas de comunidad y pertenencia, al respecto Carlos Alberto Sifuentes Rodríguez considera que:

Así, la literatura en cuestión se caracteriza por ser una producción que se distancia de la que se escribe desde el centro del campo cultural mexicano, enfocándose en la discusión de elementos que configuran una poética propia, tales como el espacio norteño, la identidad regional, la frontera, la heterogeneidad, la hibridación cultural, la migración, la marginalidad y, en última instancia, el narcotráfico. Dentro de esta producción literaria encontramos narradores y narradoras como Élmer Mendoza, Eduardo Antonio Parra, Cristina Rivera Garza, David Toscana y Luis Humberto Crosthwaite⁴. (657).

Desde esta perspectiva, puede afirmarse que la literatura del norte cumple con lo que Ramírez Vuelvas define como función sociocultural; por tal motivo, dentro de este espacio literario se representa la experiencia social de una comunidad en constante cambio; en síntesis, la narrativa norteña contribuye a la configuración simbólica de la región. Por consiguiente, no se trata de una producción homogénea, sino de un campo dinámico donde se gestionan múltiples sentidos, se construyen imaginarios y se ensayan nuevas formas de pertenencia.

4 Diana Palaversich realiza un análisis de la literatura “norteña” o “fronteriza”. La autora distingue dos corrientes de la narrativa mexicana contemporánea: Cristina Rivera Garza, David Toscana, Eduardo Antonio Parra, Élmer Mendoza y Luis Humberto Crosthwaite. Por un lado, identifica una literatura que se desarrolla en “no lugares”, como es el caso de Rivera Garza y Toscana, donde el interés recae en dimensiones más abstractas como la autorreflexión narrativa, los procesos mentales de los personajes. Por otro lado, Palaversich detecta una tendencia distinta en los textos de Parra, Mendoza y Crosthwaite, quienes desarrollan su narrativa en problemáticas concretas y locales, abordando temas como la violencia estructural, el narcotráfico, la vida de pandillas y el entorno urbano propio de las ciudades fronterizas (Palaversich, “La nueva narrativa del norte: moviendo fronteras de la literatura mexicana”).

Así se puede observar en *El lenguaje del juego* (2012) de Daniel Sada. El personaje central de la novela, Valente Montaña, regresa a San Gregorio (un pueblo ficticio en el norte de México) para abrir una pizzería, tras cruzar repetidas veces la frontera hacia Estados Unidos. Su aspiración de una vida tranquila se altera cuando la violencia y el crimen organizado irrumpen en su comunidad:

Candelario sabía de la inseguridad que ya se perfilaba en San Gregorio. De vez en cuando allí circulaban vehículos extraños. No había pasado nada, pero ¡ajo! La tacha estaba en los alrededores, según se rumoraba de puro refilón de muertes por doquier, no tantas, pero sí. Y unas aparatosas. Personas mutiladas y colgadas de árboles en lugares a donde la gente podía verlas con loco desconcierto. Traviesa exhibición, ganas de trabajar para darle color al espectáculo ese. Una entrada al oprobio de modo persuasivo: vean muchedumbres esto, para que sepan qué. La cosa era saber que aquellos muertos puestos de tan mala manera qué tanto habían pecado para que merecieran un cuelgue campanero. (Sada 18-19).

La cita anterior demuestra que la violencia irrumpe de manera espontánea en la vida cotidiana de San Gregorio, primero como rumor y luego como espectáculo para infundir miedo. El fragmento subraya el tránsito de una comunidad que aún convive con normalidad hacia un espacio dominado por el terror. Este tipo de escenas se volverán un rasgo distintivo de gran parte de la narrativa policiaca del norte de México y producirán un imaginario propio dentro del género.

Se debe precisar que la literatura policial del norte paulatinamente ha construido un aparato crítico a favor. Si en principio la variedad de voces y artículos reclamó el reconocimiento literario por esta región, ahora dicha narrativa ha ganado legitimidad dentro del campo cultural mexicano, debido en gran medida a un corpus consolidado de novelas, estudios especializados y autores que han innovado de manera estética y lingüística esta literatura. Esta consolidación ha permitido no solo la inclusión de estas obras en contextos editoriales más amplios, sino también una variedad de propuestas que han cues-

tionado la representación del crimen como fenómeno estructural y han resignificado el espacio fronterizo como elemento distintivo. Así, la literatura policial del norte ya no se presenta únicamente como una escritura de la periferia, sino como un espacio de producción cultural con voz propia y con capacidad crítica frente al relato nacional dominante.

La legitimidad de la literatura policial del norte en el campo cultural mexicano ha motivado que otras regiones también sean valoradas y reconocidas como espacio literarios genuinos, tal es el caso de escritores como Juan Hernández Luna, quien construye un proyecto policiaco desde la ciudad de Puebla; el mismo caso sucede con la autora Ana María Maqueo, la cual en sus novelas toma como escenario el Puerto de Veracruz; o bien, las historias de Paul Medrano ubicadas en Chilpancingo y Acapulco. Por supuesto que esta apertura hacia otras geografías ha contribuido a una descentralización de la literatura mexicana, propiciando que distintas regiones articulen sus propias narrativas criminales desde contextos locales específicos, con problemáticas, lenguajes y códigos culturales propios. La expansión del género hacia espacios como Puebla, Veracruz o Guerrero evidencia que el relato policial no solo considera el centro o el norte del país, sino que se ha transformado en una herramienta flexible para explorar las tensiones sociales, políticas y económicas de distintas realidades de México.

Conclusiones

En suma, la literatura policial del norte se ha consolidado con una identidad propia, sustituyendo la visión centralista por una perspectiva fronteriza que se distingue por la migración, la presencia del narcotráfico y la complicada relación con Estados Unidos. Esta narrativa cumple una función sociocultural al examinar de forma crítica su realidad y las problemáticas específicas de su comunidad, sirviendo como una herramienta para cuestionar la hegemonía discursiva y promover una conciencia regional. A pesar de los desafíos iniciales

para su reconocimiento, esta literatura ha logrado legitimarse en el campo literario mexicano motivado por un sólido *corpus* de novelas, estudios y autores que han innovado en el estilo y el lenguaje, redefiniendo el espacio fronterizo.

Si bien es cierto que tradicionalmente, la Ciudad de México ha sido el epicentro de la narrativa policial, con obras canónicas (*Ensayo de un crimen*, *El complot mongol*, *Días de combate*) que exploran los ambientes sombríos y decadentes de la capital, así como una crítica sociopolítica a la modernidad. Esta centralización literaria ha tendido a relegar las voces de otras regiones, considerándolas de manera frecuente como manifestaciones periféricas o ingenuas. Sin embargo, la literatura del norte ha logrado establecer sus propias directrices, enfocándose en temáticas crudas como el narcotráfico, la violencia y la migración, elementos intrínsecamente, sin duda, ligados a la geografía fronteriza.

Finalmente, la legitimidad alcanzada por la literatura policial del norte ha propiciado que otras regiones del país produzcan sus propias narrativas criminales desde contextos locales únicos. Por ejemplo, las novelas de Juan Hernández Luna en Puebla (*Tabaco para el puma*, *Cadáver de ciudad*, *Quizá otros labios*), Ana María Maqueo en Veracruz (*Crimen del color oscuro*, *Amelia Palomino*) o Paul Medrano en Guerrero (*Flor de capomo*, *El Acapulco punk y otras historias del sur*, *Nieve de mango*), demuestran que el relato policial se ha vuelto una herramienta flexible para explorar las tensiones sociales, políticas y económicas en diversas realidades mexicanas, trascendiendo los límites del centro y del norte. Esto amplía el panorama de la novela policial mexicana.

La discusión entre la novela (narco)policial del norte y la (neo)policial del centro, en México, evidencia la relación entre la producción literaria y el espacio geográfico-cultural que la origina. Lejos de ser una mera distinción espacio-territorio, esta tensión revela cómo las obras literarias se convierten en vehículos para interpretar y resignificar la realidad de comunidades específicas. La crítica literaria tradicionalmente ha privilegiado el canon producido en la capital, asociando lo regional con lo periférico o marginal. Sin embargo, la emergencia y

consolidación de la narrativa policial del norte ha desafiado esta hegemonía, al proponer un discurso alternativo que aborda problemáticas socioeconómicas, como el narcotráfico y la migración, con una estética y lenguaje propios.

Referencias

- Bernal, Rafael. *El complot mongol*. Joaquín Mortiz, 2011.
- Bocco, Andrea Alejandra. *Literatura fronteriza: un modo de emergencia de la heterodoxia literaria*. EDUVIM, 2016.
- Castillo Carrillo, Gerardo. "Idealización y cliché en el narcopolicial mexicano: la saga de Edgar "el Zurdo" Mendieta". *Humanitas. Revista de teoría, crítica y estudios literarios*, vol. 2, núm. 4, 2023, pp. 169-189. <https://doi.org/10.29105/revistahumanitas2.4-53>
- Cuvaradic García, Dorde. "El género policial en la narrativa de la frontera norte: la enunciación irónica de la narcoviolencia y la corrupción gubernamental en *Corona de muerto*, de Daniel Salinas Basabe". *Reescrituras del imaginario policiaco en la narrativa hispánica contemporánea*, coordinado por Gabriela Gressores y Ana María Morales, Universidad de Guadalajara, 2016, pp. 223-235.
- Crosthwaite, Luis Humberto. *Tijuana: crimen y olvido*. Tusquets Editores, 2010.
- _____. *Instrucciones para cruzar la frontera*. Tusquets Editores, 2011.
- Fourez, Cathy. *Vidas de sangre. Mujeres en la narrativa mexicana del crimen*. Universidad de Aguascalientes, 2021.
- Gómez Montero, Sergio. *Sociedad y desierto. Literatura en la frontera norte*. UPN, 1993.
- Heredia, Pablo. "Regionalizaciones y regionalismos en la literatura argentina. Aproximaciones a una teoría de la región a la luz de las ideas y las letras en el siglo XXI". *Literatura de las regiones argentinas II*, editado por Marta Elena Castellino, Universidad Nacional de Cuyo, 2007, pp. 155-182.
- Kaliman, Ricardo. "Un marco (no global) para el estudio de las regiones culturales". *Journal of Iberian and Latin American Studies*, núm. 5, 1999, pp. 11-21
- Leñero, Vicente. *Los albañiles*. Joaquín Mortiz, 2009.
- Molina, Hebe Beatriz, y María Lorena Burlot. "El regionalismo como problema conceptual". *Regionalismo literario: historia y crítica de un concepto problemático*, editado por Hebe Beatriz Molina, Ediciones del Árbol, 2010, pp. 11-42. *Biblioteca Digital del Bicentenario*, [<https://www.bibliotecadigital.gob.ar>]. Accedido el 13 de junio de 2025.
- Palaversich, Diana. "La nueva narrativa del norte: moviendo fronteras de la literatura mexicana". *Symposium*, vol. 61, núm. 1, 2007, pp. 9-26.
- Parra, Eduardo Antonio. "Notas sobre la nueva narrativa del norte", en Javier Perucho (compilador), *Estéticas de los confines*. Verdehalago, 2003, pp. 39-43.
- Ramírez Vuelvas, Carlos. La literatura regional como objeto de estudio: las memorias literarias locales. *Connotas. Revista de Crítica y Teoría Literarias*, núm. 30, enero-julio 2025, pp.1-17.
- Ramírez Pimienta, José Carlos y Salvador C. Fernández [Comps.]. *El norte y su frontera en la narrativa policiaca mexicana*. Plaza y Valdés, 2005.
- Rivas, José Andrés. "Márgenes del regionalismo." *CIFRA*, 26 de julio de 2013.
- Rodríguez Lozano, Miguel G. *El norte: una experiencia contemporánea en la narrativa mexicana*. Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León, 2002.

- Rodríguez Lozano, Miguel G, y Enrique Flores. *Bang! Bang! Pesquisas sobre narrativa policiaca mexicana*. UNAM, 2005.
- Sada, Daniel. *El lenguaje del juego*. Anagrama, 2012.
- Saravia Quiroz, Leobardo [Comp.]. *En la línea de fuego. Relatos policíacos de frontera*. CONACULTA, 1990.
- Sifuentes Rodríguez, Carlos Alberto. Estructuras de poder y formas de resistencia en la novela policiaca de la frontera México-Estados Unidos: *Besar al detective* de Élmer Mendoza. *Castilla. Estudios de Literatura*, núm. 12, 2021, pp. 656–671. <https://doi.org/10.24197/cel.12.2021.656-671>
- Taibo II, Paco Ignacio. *Belascoarán Shayne, Detective. Días de combate, Cosa fácil, Algunas nubes, No habrá final feliz*. Reino de Cordelia, 2022.
- Usigli, Rodolfo. *Ensayo de un crimen*. Fondo de Cultura Económica, 2024.
- Yépez, Heriberto. *Al otro lado*. Planeta, 2008.